

Un recurso más con el cual se arma el libro de Poniatowska es la correspondencia. Desafortunadamente con las cartas ocurre lo mismo que con las entrevistas, la pasión de la narradora la hace incurrir en comentarios que alejan al lector de una apreciación de la figura protagónica de *Las palabras del árbol*. Como ya he comentado antes, quizá en esta falta de academicismo radique la verdadera riqueza de la versión de Poniatowska sobre la vida de Octavio Paz. Tal vez, lo esencial sería ese encuentro buscado de dos almas en el contexto de la literatura mexicana del presente siglo. El empeño por parte de Elena Poniatowska de reactivar la memoria la hace crear diálogos como el siguiente:

—Ya no eres un becerrito, ya eres vaca sagrada— te felicité con mi voz de chiflido.

—Elena, dices tonterías.

—No te vayas a poner a mugir ahora que ya entraste al arca— te aconsejé sabiamente. (90)

Esta escena vivida en El Colegio Nacional, el 1 de agosto de 1967, es una muestra de la gala de humor con la que la narradora cuenta el afecto y los momentos felices que compartió con el poeta. La risa, sin duda, logra su cometido: quitar el olor de santidad que circunda los actos consagradorios de las figuras de las letras. Es así como está a nuestro alcance la confesión de una ferviente admiradora que desea a toda costa captar esa esencia de un poeta universal.

HORACIO MOLANO NUCAMENDI

*Centro de Enseñanza para Extranjeros, UNAM*

Leonardo Martínez Carrizales. *La lección del maestro y otros ensayos*. Toluca: Instituto de Cultura Mexiquense, 1997 (Cuadernos de Malinalco, 32).

Para nadie es desconocido que dentro del medio literario mexicano el género ensayístico es el que, desafortunadamente, se cultiva con menos entusiasmo. Se sabe, asimismo, que dicha circunstancia lo convierte, junto con la poesía, en las publicaciones menos solicitadas por el público consumidor de libros (que para completar la tercia, es de por sí reducido).

Por todo lo anterior, parece una absoluta temeridad tener el arrojo de editar un libro que de suyo tiene la desventaja de estar dirigido a un círculo restringido de lectores. Sólo que se trate de una empresa editora

como Los Cuadernos de Malinalco, empeñada en concebir la labor editorial, más que como un negocio, como una misión apostólica y, a estas alturas, experta en esquivar tormentas, naufragios o algún otro tipo de eventualidades perniciosas para todo buen bibliófilo. Sólo que se trate de un autor que convierta el ensayo en una lúcida herramienta, diestro bisturí que incide con su filo esclarecedor para sacar a la luz el fruto de un análisis reposado e inteligente. Éste es el caso de *La lección del maestro* de Leonardo Martínez Carrizales.

Contrariando la visión apocalíptica arriba expuesta, este libro tiene, entre sus muchos méritos, el estar compuesto de forma un tanto miscelánea, es decir, además de la brevedad que auxilia para acentuar su carácter ameno, entre sus páginas reúne asuntos que —si bien emparentados por su filiación de análisis literario sobre títulos propios del género narrativo del siglo xx en México— abordan con soltura lo mismo un autor canónico que uno poco conocido, así como una obra dada o un momento relevante de la crítica en nuestro país. De este modo los tres ensayos corregidos y aumentados para esta edición se combinan para conjurar el obstáculo del aburrimiento o de la discursividad espesa que vuelven poco atractiva la escritura ensayística.

Consecuencia de esto es otra de las virtudes que detecto en el libro: su asombrosa capacidad para conseguir expresiones sumamente logradas, que refrendan el estatus del ensayo como parte de la creación literaria, es decir, como otra forma de cultivo de la escritura artística. Aunado a la claridad argumentativa, resulta grato encontrar frases cuya hechura revela un refinado placer por la palabra, una amplitud de recursos léxicos de que se echa mano, antes que con fines de ornato, con intenciones de cuidar y enriquecer el lenguaje para que la comunicación y la comunión con las ideas esgrimidas sean más fluidas y consistentes, con la pretensión de llegar al convencimiento del lector por dos vías simultáneas: la del intelecto y la de la sensibilidad. El siguiente sería un breve botón de muestra:

La nostalgia, la tristeza, la angustia y la soledad son la materia del soliloquio de los personajes de Guadalupe Dueñas, a través del cual la escritora postula una profunda inquietud del mundo, su natural desasosiego. La paciencia con que estas voces vicarias rumian sus padecimientos permite asedios obsesivos a un recuerdo, una frase. El trabajo centenario de las ostras. El humor y la ironía suelen sellar este lento empeño con una lápida piadosa (24).

Los ensayos presentados en esta edición no sólo son, pues, un vehículo para los conceptos sino el laboratorio donde se fragua esa impres-

cindible y siempre urgente recuperación de las palabras con fines recreativos y estéticos: el alegre aprendizaje. La realización comunicativa donde el manejo del idioma es una valiosísima escala para el esparcimiento del espíritu que, aunque se le presuponga como cualidad característica del ensayo, no en todos los ensayistas de nuestra república de las letras se hace presente. Pero por encima de lo ya señalado descubro en Martínez Carrizales un mérito más evidente dentro de esta colección de ensayos: una cautela ejemplar. Es menester profundizar sobre este punto.

Sin duda el más logrado de los tres textos es el segundo, "El horror, la fatiga y el silencio. Los cuentos de Guadalupe Dueñas", quizá porque revela un profundo conocimiento de la producción interna durante su escritura, a diferencia de los otros dos, pues en uno ("La lección del maestro. Carlos Fuentes bajo la mirada de Henry James") se toca el tema de una controversia que en nuestro medio cultural levantó más ámpula que polvo, y que evidenció la franca división de las capillas literarias; y en el otro ("Juegos de la memoria. Narrativa mexicana: historia y antologías") se analiza la importancia de una obra antológica, de reciente aparición, sobre la narrativa mexicana del siglo xx. Para decirlo rápidamente: aunque todos abordan obras y autores de actualidad, estos dos ensayos responden más que nada a la exigencia generada por tópicos (y muy espinosos) de moda entre la crítica literaria del país (si bien aquí es donde se corrobora la irrestricta cautela que asume el ensayista, dado que no se posiciona a favor de ninguno de los bandos en disputa).

Además en dichos textos es admirable no sólo la imparcialidad en que se ubica el autor al emitir su juicio, sino la justeza de sus argumentos para acomodar cada situación dentro de los límites que le son propios, una para hacer evidente la debilidad de un ataque fundado más bien en diferendos de grupo (el primer ensayo), hecho que le permite a Martínez Carrizales sostener que

No se puede ser indiferente ante una opinión de esta índole que involucra la obra que ha asegurado a Fuentes una reimpresión anual desde 1962, un sitio en el panteón de nuestro sistema de educación anual media y superior y, por cierto, un prestigio irrecusable como escritor de piezas breves. [...] Creo que el alumno mexicano es un poco más independiente de lo que quisieran nuestros historiadores metidos a críticos de la literatura (11).

y otra (el tercero) para evidenciar el maniqueísmo ideológico de un antologador, revelándonos cómo su argumentación se le revierte exactamente en sus mismos términos:

En esta geografía canónica de la literatura se advierten las limitaciones de la empresa de Christopher, muy parecidas a las flaquezas de la revolución liberal de nuestra época, y que acaso podamos resumir en esta frase: la intolerancia cortés de nuestros hábitos occidentales. Lamento concluir en que, al trascender el orgullo y los prejuicios civilizadores de los siglos XVIII y XIX, Domínguez Michael no ha hecho sino ponerlos al día (52).

Si hubiese alguna inconsistencia en este libro, tal vez podría señalarse dentro de estos dos ensayos, siendo en el caso del primero justamente la defensa con que queda demostrada la originalidad de las ideas literarias de Carlos Fuentes, cuando lo que está fuera de toda duda es que su capacidad como narrador se basa en otras razones de mayor peso (algunas de las cuales, de cualquier forma, son mencionadas en el texto); y por lo que respecta al segundo, hablaría de la exhaustiva enumeración de obras y preceptos antológicos que dejan un tanto rezagada la médula del razonamiento analítico.

Contrario a lo anterior, el ensayo intermedio sobre Guadalupe Dueñas, equilibrando el conjunto en tanto que se estructura sin estar a expensas de los temas que se discuten en los cafés y/o tertulias literarias, sobresale por su profundidad y clara aproximación al fenómeno que intenta describir: la evolución cuentística de la autora, desarrollada a través de los tres títulos de cuento que se mencionan. Creo que la calidad del texto mismo se vislumbra desde su propio origen: una polémica o la aparición de un libro en mayor o menor medida implican, de entrada, cierta temperatura para el análisis, o cuando menos son un prurito para escribir un estudio sobre la controversia del momento. En cambio el elegir de manera libre y personal un tema o autor determinados dotan de un sentido especial la escritura sobre él mismo, ya que podemos tener la seguridad que los párrafos del ensayo fueron rumiados con detenimiento y corregidos incluso desde el momento de ser escritos, es decir, pensados durante una buena (en tanto fructífera) temporada, adquiriendo de esta forma las virtudes del reposo y la paciencia, y que además, en el caso de Guadalupe Dueñas (cuya obra, de acuerdo con el crítico, es notable en el momento en que trasciende los vericuetos psicologistas), sus palabras dejan trasminar una mirada afectiva a fuerza de sincera por parte del ensayista.

Comprendiendo uno u otro método de escritura, lo cierto es que *La lección del maestro...* constituye una muestra ejemplar de cómo la gimnasia de las ideas también es estética y rítmica, y su lectura un grato deleite y una cálida promesa de encontrar, entre nuestros jóvenes escri-

tores, quienes refrenden a cabalidad lo más granado de la tradición ensayística mexicana.

JESÚS GÓMEZ MORÁN

Carlos Montemayor. *Guerra en el paraíso*. México: Seix Barral, 1997, 378 pp. (Biblioteca Breve).

La historia actual la escriben los periodistas, es recopilada por los historiógrafos y analizada por los historiadores; y cuando por fin llega a nuestras manos, ha perdido una gran parte de sus detalles y matices a favor de una pretendida objetividad. Una de las ventajas de la literatura frente a la historia es su poder para, basándose en los hechos, rescatar el contenido humano de los sucesos. Y el sinsentido aparente de esta opinión carece de fundamento: no puede tacharse a la literatura de subjetiva al compararla con la historia "objetiva". Ambas son producto de un trabajo intelectual realizado por personas, y eso ya implica cierto grado de subjetividad puesto que los hechos son invariablemente manipulados para conseguir objetivos específicos o concordar con las ideologías dominantes; en otras palabras, la historia la escriben los vencedores y las noticias, los medios masivos de información.

En este orden de ideas, un libro como *Guerra en el paraíso* de Carlos Montemayor funda su validez tanto como obra de ficción inserta en la realidad y como compilación histórica completada por medio de lo "que quizá sucedió". Se puede decir que es un género híbrido entre novela y reportaje de fondo, con algunos toques de artículo de opinión y crónica; ejemplos de esta tendencia en que los géneros se mezclan son *A sangre fría* de Truman Capote, *Relato de un naufrago* de García Márquez y *La guerra del fin del mundo* de Vargas Llosa, por citar algunos. No obstante, queda abierta la posibilidad de calificar a estos autores un poco despectivamente por utilizar los hechos reales donde sólo debería existir la ficción, o al contrario, alabar su capacidad de reconstruir la realidad y darle coherencia por medio de la imaginación.

Dejando a un lado tales discusiones, *Guerra en el paraíso* se distingue de las obras mencionadas por su forma. Esencialmente es un conjunto de historias paralelas que se mantienen en relación por el hilo conductor de la campaña guerrillera de Lucio Cabañas en las montañas de Guerrero entre 1971 y 1974. A grandes rasgos existen dos amplios